



Una historia que yace bajo el mar

Un grupo de especialistas en Arqueología ha rescatado en los últimos años gran parte de un cargamento de 500 toneladas de losas de cerámica que transportaba un barco hundido en la bahía de La Habana hace más de un siglo

■ YAIMA PUIG MENESES

LA SUPERFICIE APENAS muestra una pequeña parte de la historia. Bajo las turbias aguas de la bahía habanera se conservan casi intactos valiosos testimonios del primigenio desarrollo económico y social de esta urbe bendecida por las olas.

Gracias a los especialistas de las instituciones científicas autorizadas que han investigado una y otra vez en diferentes sitios de la rada, ha sido posible la recuperación de numerosas partes de nuestra historia, explicó a **Granma** el doctor Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad.

Así, por ejemplo, a más de 100 años del naufragio de la corbeta San Antonio —septiembre de 1909—, la mano del hombre vuelve a tocar de cerca sus restos. Quizás porque no transportaba una mercancía espectacular, el “San Antonio” quedó de cierta forma olvidado en la bahía habanera. Apenas 500 toneladas de losas de cerámica y unos 1 500 sacos de sal transportaba desde Valencia la embarcación.

En la década de los 90, un grupo de especialistas pertenecientes al Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, se aventuró en el estudio de este “tesoro” que se ubica a 15 metros de profundidad,

justo en el canal de acceso a la bahía.

Más allá del incalculable valor histórico que tiene para los investigadores, lo más apasionante es que un siglo después, las losas conservan la calidad óptima requerida para pavimentar diferentes espacios, según los resultados del análisis a que fueron sometidas por especialistas del Ministerio de la Construcción, quienes evaluaron sus actuales condiciones físicas y tecnológicas, comenta el arqueólogo Roger Arrazcaeta, director del Gabinete de Arqueología.

Y tras un gran esfuerzo, parte de la carga parece comenzar a llegar finalmente a su destino. Por segunda ocasión desde que iniciaron las pesquisas, se realiza la extracción de losas desde el fondo marino para restaurar inmuebles patrimoniales de esta ciudad.

■ LAS HUELLAS DEL TIEMPO

La arqueología subacuática es una actividad que requiere de un esfuerzo multidisciplinario. Ante cada indagación realizamos buceos de familiarización con el entorno. En este caso particular, pudimos conocer, entre otros detalles, que el cuerpo de la nave descansa en el fondo en posición de campana, explica Luis Francés Santana, uno de los especialistas en Arqueología Histórica que realiza la investigación en el pecio —restos de un naufragio—, de la corbeta San Antonio.



La imagen muestra la última carga extraída del pecio de la corbeta.



Maickel y Luis luego de una de sus más recientes inmersiones. Fotos: Cortesía de los entrevistados

En el año 1999 fueron extraídas unas 2 000 losas y sometidas a un proceso de desalinización mediante inmersión en agua potable durante varias semanas. Luego se emplearon fundamentalmente para restaurar áreas exteriores del fuerte de San Salvador de La Punta, reinaugurado en el 2002. Ocho años después quienes visitan este emblemático lugar, pueden observar que las piezas se mantienen en perfecto estado de conservación.

■ EL RECORRIDO HASTA EL “TESORO”

Camuflados con sus equipos de buceo Luis y Maickel nadan 150 metros para llegar hasta el pecio del “San Antonio”. Para ellos cada nueva inmersión tiene una magia indescriptible.

“Esto es lo que nos gusta”, comenta Luis. Muy pocas personas en el mundo pueden trabajar en lo que realmente disfrutan. Nosotros tenemos un gran privilegio.

La extracción de las losas ha estado a cargo fundamentalmente de estos dos especialistas, bajo la certera guía del arqueólogo Roger Arrazcaeta Delgado y la asesoría del arqueólogo subacuático Alessandro López Pérez. Muchos otros los han apoyado en este “rescate” submarino, pese a los pocos recursos que el país puede dedicar hoy a esta actividad.

Cada vez que pensamos sumergirnos planificamos todo detalladamente. Las labores en la entrada de la bahía son peligrosas y difíciles, por eso también es muy importante no violar ninguna de las normas del buceo, precisa Maickel Cáceres Suárez. “En el fondo lo que más nos afecta son las condiciones de la bahía por el lugar donde se ubica este naufragio”.

En la parte superior del canal hay una corriente que sale y en la inferior, pegada al fondo, hay una que renueva el agua. Pero si el paro de marea sucede cuando estamos trabajando, entonces al remover las losas toda la arena y el fango del sedimento permanecen en la misma área y no circulan, explica.

“En ese momento trabajamos con visibilidad cero, guiándonos solamente por el tacto”.

La selección y limpieza de las losas en el fondo del mar se realizan manualmente. Las colocan en unos guacales o cajas plásticas donde se acomodan hasta su extracción con la ayuda de unos globos de ascenso que se inflan dentro del agua y llevan la carga hasta la superficie.

La rutina es muy sencilla, pero requiere de un extremo cuidado para que no se dañen las losas. Este nuevo cargamento será empleado fundamentalmente en la construcción del Museo de Arqueología, en el cual se ha reservado un lugar especial para la arquitectura subacuática.

La pericia con que este equipo de investigadores asume el reto de sacar a flote los pedazos de historia que alguna vez atrapó el fondo marino, no deja de parecernos asombrosa. Para ellos es algo común.

Empeñados en rescatar hasta los más insignificantes objetos históricos que proteje la bahía, estos arqueólogos realizan labores realmente épicas.

Innumerables son los capítulos que existen todavía sin contar en la rada habanera. Por lo pronto, la carga del San Antonio parece llegar a puerto seguro.